

Problemática pastoral en los núcleos urbanos

Fernando Fantova

*No es bueno
quedarse en la orilla
como el malecón o como el molusco que quiere calcáreamente imitar a la roca.*

*Sino que es puro y sereno arrastrarse en la dicha
de fluir y perderse,
encontrándose en el movimiento con que el gran corazón de los hombres palpita extendido.*

*Como ese que vive ahí, ignoro en qué piso,
y le he visto bajar por unas escaleras
y adentrarse valientemente entre la multitud y perderse.*

Vicente Aleixandre

Presentación

Lo que pretendo en este documento es reflexionar acerca de las características más relevantes de la vida urbana en este “fin de siglo” y su relevancia para la acción pastoral. Abordo la ponencia desde la experiencia de vida en Bilbao y Quito, desde la reflexión sociológica (en el más amplio sentido de la palabra) y desde la participación como miembro de la Iglesia en su labor evangelizadora.

Una primera versión de este texto fue preparada para las Segundas Jornadas sobre “Misiones Populares” organizadas por el Departamento de Pastoral de CONFER en Madrid en junio de 2000. En función del encargo que se nos ha hecho, lo presentamos ahora, con alguna pequeña variación, para diversos encuentros a realizar en Tenerife en noviembre de 2000.

Dos palabras sobre la pastoral

Como primer paso a la hora de reflexionar sobre los retos de la vida urbana actual para la acción pastoral o evangelizadora de la Iglesia, parece oportuno detenerse, por un momento, en lo que entenderíamos por evangelización. Subrayaré, tan sólo,

las notas principales que me vienen a la mente de una forma más o menos espontánea.

Entiendo que evangelizar es dar testimonio de la acción de Dios en nuestra vida y en nuestro mundo. Es dar con alegría una que es, cada día, buena noticia. Esa buena noticia que es la acción gratuita, maravillosa y misteriosa de Dios entre nosotros la hemos recibido sin mérito por nuestra parte y su propio dinamismo (como suele ocurrir con las buenas noticias) nos lleva no a guardarla, sino a compartirla.

Desde mi punto de vista, no es posible evangelizar sin ser evangelizado. Volviendo a la metáfora de la noticia, diríamos que la *fente* de esta noticia no le ha dado a nadie la exclusiva. Tampoco la Iglesia debe creer tener la exclusiva. Por ello, la Iglesia, portadora de esa buena noticia y, por tanto, evangelizadora, es también evangelizada.

En muchas ocasiones se ha expresado esta idea en relación a cuestiones importantes. Así, cuando se ha dicho y se dice que los pobres nos evangelizan, quizá se hace referencia al hecho de que los pobres, principales destinatarios de la buena noticia de la que hablamos, no sólo la reciben de la Iglesia sino que se la entregan. Poniendo otro ejemplo, me pregunto en qué medida, en lo relativo a los derechos de las mujeres o los procedimientos democráticos, nuestra Iglesia no puede ser evangelizada, hoy, por la sociedad civil.

Estamos hablando, por lo tanto, de una dinámica de conversión constante, de una revelación abierta en la historia (Rahner, 1984: 521) y de una buena noticia que se transmite y se recrea en cada contexto humano concreto, en el anuncio, en el servicio, en la comunión y en la celebración.

Por otra parte, vale la pena subrayar que todos somos protagonistas y todos estamos encargados de la evangelización y, en ese sentido, todos somos agentes de pastoral. En palabras del Vaticano II, “la obra de la evangelización es deber fundamental del pueblo de Dios, puesto que toda la Iglesia es misionera” (Floristán, 1993: 461). De hecho, en palabras de la exhortación *Evangelii nuntiandi*, “la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia” (Floristán, 1993: 461).

En todo caso, la Iglesia, como institución que es y que deseamos que sea, está obligada a la elaboración y el desarrollo de una racionalidad pastoral eficaz y eficiente, entendidas la eficacia y la eficiencia tal como se hace en la parábola de los talentos (Mt. 25, 14-28). Esta parábola nos anima a la búsqueda de las estrategias más coherentes y adecuadas. En la reflexión acerca de dichas estrategias suele estar presente, entre otras, la polaridad entre el cultivo y la construcción de espacios propios de carácter eclesial (lo que se ha llamado cristianismo de presencia) y la participación de los cristianos en espacios sociales no eclesiales (lo que se ha llamado cristianismo de mediación), polaridad que se plantea de manera diferente en los diversos contextos y momentos históricos.

Estos cuatro brochazos introductorios que hemos dado acerca de la pastoral conectan, seguramente, con lo que Floristán y Tamayo consideran el núcleo fundamental de la reformulación del mensaje cristiano en la teología moderna, que no es otro que el de “la trascendencia en la historia o la historización de la trascendencia” (Floristán y Tamayo, 1993: 12). Desde una perspectiva de esas características tiene pleno sentido preguntarse por lo que le pasa a nuestra fe, a nuestra Iglesia y a nuestra pastoral en los contextos urbanos actuales. Vamos, pues, a intentar presentar algunas de las principales características de dichos contextos.

Algunas características relevantes de la vida urbana actual

No parece necesario insistir en la creciente importancia del hecho urbano en todo el mundo. Dos tercios de los habitantes de la Unión Europea viven en áreas urbanas y la tendencia es similar en todas las partes del mundo, y también en los países llamados “en vías de desarrollo”. Ya más de la mitad de la población mundial vive en ciudades y se espera que en el 2025 sean prácticamente dos tercios (Giddens, 1991: 586-587).

He intentado revisar las perspectivas de algunos autores para entresacar las que aparecen como características principales de las ciudades y de la vida urbana en nuestro mundo. Las presentaré ordenadas en torno a unos pocos ejes o núcleos principales.

El anonimato urbano

Manuel Delgado, en *El animal público*, Premio Anagrama de Ensayo del pasado año, intenta elaborar una antropología de los espacios urbanos y señala que para comprender la naturaleza de la vida urbana actual es necesario caer en la cuenta de la manera en la que, en el siglo XIX se generaliza la división radical entre lo público y lo privado. Así, a partir de esa división:

“Si el ámbito de lo privado está definido por la posibilidad que supuestamente alberga de realizar una autenticidad tanto subjetiva como comunitaria (...), el espacio público tiende a constituirse en escenario de un tipo insólito de estructuración social, organizada en torno al anonimato y la desatención mutua o bien a partir de relaciones efímeras basadas en la apariencia, la percepción inmediata y relaciones altamente codificadas y en gran medida fundadas en el simulacro y el disimulo (Delgado, 1999: 12).

Ese anonimato o desatención mutua, ese carácter efímero y altamente codificado de las relaciones en la ciudad que sería para Delgado y otros autores lo característico de la vida urbana, es interpretado en forma diversa. De hecho Giddens recuerda que de forma diversa ha sido interpretado históricamente el hecho urbano por parte de las ciencias sociales:

“Algunos consideraban que las ciudades representaban la ‘virtud civilizada’, el manantial del dinamismo y la creatividad cultural (...). Otros estigmatizaban la ciudad como un humeante infierno abarrotado de masas agresivas y llenas de desconfianza mutua, azotado por el crimen, la violencia y la corrupción” (Giddens, 1991: 588)

Cualquiera de nosotros puede de hecho, sentir esa ambivalencia ante el carácter anónimo y fugaz de las relaciones urbanas. Podemos percibir la vida urbana como fría o inhóspita o valorar lo que supone de incremento de la libertad individual por la desaparición o disminución del control social propio de los entornos rurales. Como señala Delgado:

“Es posible que, como se ha sostenido, la calle haya podido ser el escenario de la desintegración del vínculo social, del individualismo de masas, de la incomunicación y de la marginalización. Pero también lo suele ser de las emancipaciones, de los camuflajes, de las escapadas solitarias o en masa. Tierra sin territorio en que cada cual merece –como el más precioso de los regalos- la formidable posibilidad de *no ser nadie*, de esfumarse o mentir, de *desvanecerse en la nada* (...). Puesto que la calle es una frontera, que encuentran en ella su nicho natural todas las gentes del umbral (...). La calle es –sin duda- la patria de los sin patria” (Delgado, 1999: 208-209)

De igual modo, ciertamente, unos subrayarán la propensión de la vida urbana al relativismo y la permisividad moral, pero otros recordarán que es la ciudad la que permite a muchas personas librarse del yugo del clientelismo o la represión de carácter, por ejemplo, político, ideológico o religioso.

También, en ocasiones, se habla de la ciudad (y más aún de la ciudad neoliberal y globalizada) como la selva del individualismo rampante (irónicamente se ha dicho que en la nueva economía ya no hay pobres sino microempresarios). Sin embargo también hemos sido testigos en la ciudad de dinámicas comunitarias o solidarias de diferentes tipos. Por poner un ejemplo, me referiré a las *mingas* o trabajos comunitarios en las que hemos participado como pobladores de barrios urbano-marginales de Quito, mayoritariamente inmigrantes procedentes de orígenes rurales similares. Mingas que resultan ser la única alternativa para ir mejorando la calidad de vida en barrios a los que la intervención de las administraciones públicas suele llegar tarde y mal.

Despliegue de oportunidades y amenazas

Pareciera, en todo caso, que el hecho urbano representa para las personas, a la vez un despliegue de amenazas y oportunidades. En palabras de Álvarez Bolado, dos son los rasgos globales que acentúan el carácter que la ciudad tiene de desafío a las tradiciones en general y a la fe cristiana en particular:

“La ciudad modernizada presenta, por una parte, un despliegue de posibilidades y una riqueza de alternativas como nunca se habían dado hasta ahora (...). La intensificada concentración de las capacidades humanas y la pluralidad de alternativas a que da lugar favorecen un peculiar sentido de *infinitud* dentro de la finitud (...). La vieja sabiduría del *carpe diem!* Ve intensificada su actualidad (...). La ciudad modernizada, por otra parte se siente circundada por una acumulación de amenaza para la existencia humana colectiva como tampoco se había dado hasta ahora” (Álvarez Bolado, 1992: 19).

Esta definición nos recuerda el concepto de sociedad del riesgo:

“La noción de sociedad del riesgo (...) hace referencia a tres hechos. Por un lado, en las sociedades postindustriales, al quebrarse ataduras como la clase o la familia (individualización de la sociedad), las personas tienen un abanico de opciones más amplio y deben afrontar más riesgos vitales. Por otro lado, éstos tienen consecuencias más agudas debido a que en estas sociedades se han debilitado las solidaridades colectivas que iban asociadas a las ataduras

anteriores y que aseguraban contra esos riesgos (en especial, la familia). Finalmente, la ciencia y la técnica, que, en principio se suponía que ayudarían a predecir y conjurar los riesgos, son, en sí mismas, causas de riesgos mayores de los que pueden anticipar” (Giner y otros, 1998: 658).

Se incrementan, por tanto, oportunidades y amenazas e incluso, en ocasiones, pareciera que no resulta del todo fácil distinguir las unas de las otras: ¿calidad de vida o consumismo depredador?, ¿información y recursos o ruido y alienación? Sea como fuere, el incremento de amenazas y oportunidades, en todo caso, parece producir lo que, en términos de marketing, llamaríamos hipersegmentación del mercado. Se produce entre las personas una diversificación de necesidades, intereses y demandas cada vez mayor en una sociedad que se nos aparece como progresivamente más compleja.

Escenario de obscena desigualdad

En palabras de Sassen:

“17 de las 20 ciudades más grandes del mundo se encuentran en países en vías de desarrollo. Este crecimiento ha ido acompañado de una intensificación del deterioro físico particularmente evidente en éstas y en otras grandes ciudades cuya infraestructura física ya no puede proporcionar servicios al número de habitantes que los necesita. En segundo lugar, tanto en los países desarrollados como en los países en vías de desarrollo se ha registrado una suburbanización y metropolitanización cada vez mayores. En tercer lugar, hay una concentración cada vez mayor de pobres, personas sin hogar y desempleados en grandes ciudades, especialmente de países en vías de desarrollo, aunque también ahora con mayor frecuencia cada vez, esto ocurre en los países desarrollados. Se ha producido, en cuarto lugar, una notable transformación de la estructura económica de las grandes ciudades; cabe mencionar en particular la mayor frecuencia de industrias de servicios y empleos en el sector terciario y el declive, a menudo muy marcado, del sector industrial” (Sassen, 1999: 170).

Como recuerda Castells:

“La ciudad dual es un tema clásico de la sociología urbana. El contraste entre opulencia y pobreza en un espacio compartido ha impresionado siempre a los expertos, así como a la opinión pública. Así, la coexistencia en el Los Ángeles de los años ochenta de los apartamentos de 11 millones de dólares, vendidos con un Rolls Royce como regalo de cortesía, y 50.000 personas sin hogar deambulando por las calles y en las playas del sueño californiano no es sino una extrema manifestación de un viejo fenómeno urbano” (Castells, 1995: 317).

En efecto, la ciudad, que Wirth definió como “establecimiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos” (Giner y otros, 1998:

106) parece haber sido siempre un lugar lleno de desigualdades. Desigualdades que, si hacemos caso al propio Castells o a otros estudiosos de la llamada *globalización* no para de crecer y tomar nuevas formas. Parece fuera de duda que la llamada economía informacional genera nuevas formas de vulnerabilidad y exclusión y, en definitiva, de fragmentación social, en un contexto de flexibilización y reestructuración de las relaciones laborales, de progresiva pérdida de margen de maniobra de las administraciones públicas y debilitamiento de al menos algunas de las tradiciones culturales que se han reclamado como solidarias. Así, en la actualidad, según Castells:

“Es ésta probablemente la esencia de la ciudad dual en nuestra sociedad: una forma urbana que articula el ascenso de la nueva categoría socialmente dominante en el modo informacional de desarrollo mientras desarticula y enfrenta los fragmentos de la fuerza de trabajo desvertebrada así como a los componentes de la nueva fuerza de trabajo incorporados a la estructura económica en ascenso” (Castells, 1995: 322).

Según Castells, en esta ciudad dualizada y fragmentada de la economía informacional se incrementa más si cabe la posibilidad de las capas dominantes de *sortear* las consecuencias de la proximidad física de los excluidos. Si esto era posible con los medios de comunicación o las fuerzas de seguridad lo es mucho más con las redes de la información:

“El surgimiento del espacio de los flujos, que utiliza las telecomunicaciones y el transporte para enlazar lugares valiosos en un patrón no continuo, ha permitido la reconfiguración de áreas metropolitanas en torno a conexiones selectivas de actividades localizadas estratégicamente, sorteando las zonas indeseables, abandonadas a sí mismas” (Castells, 1998: 170).

Nos encontramos entonces, al parecer, presos de una dinámica en la que el incremento de las desigualdades y las nuevas formas de división del trabajo continúan empujando personas del campo a las ciudades y del Tercer Mundo al Primer Mundo (y en especial a sus ciudades). Pero, a la vez, los propios avances tecnológicos posibilitan una fragmentación, control y alienación de las personas y colectivos excluidos que permite minimizar las eventuales amenazas para las clases dominantes que se podrían derivar de estas dinámicas de desigualdad y exclusión.

El tiempo urbano

También se ha señalado que el ritmo de vida en la ciudad, que la vivencia urbana del tiempo es bien distinta del tiempo o ritmo de vida propios de la vida rural. Así se subraya el carácter cíclico y repetitivo el tiempo rural frente al ritmo rápido y sincopado de la vida urbana, marcado por el aumento de las oportunidades y sollicitaciones a las que se ven expuestos los urbanitas, los atascos que forman éstos (no vale decir, eufemísticamente que se ven atrapados por ellos), la relación amor-odio con la ciudad que nos hace intentar abandonarla compulsiva y simultáneamente, el creciente valor del ocio como componente del ritmo de vida y las liturgias del consumo.

Por cierto, si se nos permite la (auto)provocación cariñosa, diremos que el *cristiano militante* es posiblemente, desde este punto de vista, un paradigma del urbanita atrapado en las reglas del tiempo urbano. Intenta responder a muchas de las sollicitudes que recibe como ciudadano (el trabajo, el ocio o la vida familiar) y a éstas añade usualmente el *plus* de las *obligaciones* que se derivan de su condición. Así lo vemos circular por la ciudad de un lado para otro, siempre en su coche, recogiendo a sus hijos en la puerta de la escuela, atraviesa la ciudad para dejarlos en casa de los abuelos para poder volver a atravesarla y acudir a una reunión en un extraño local parroquial o no parroquial. Hace todo esto a una velocidad similar, quizá, a la que llevaban el sacerdote y el levita a los que se refiere la parábola del buen samaritano (Lc. 10, 25-37).

La acción pastoral en los núcleos urbanos

Aceptando como referencia los cuatro rasgos (de nuevo brochazos) que acabamos de dar acerca de la vida urbana actual, intentemos ahora esbozar algunas pistas para la pastoral que se derivarían del cuadro antes dibujado.

Positividad

Una primera pista podría ser la de huir de cualquier prejuicio o apriorismo de carácter negativo. En el magnífico artículo que recojo en la bibliografía, Libanio señala que la afirmación de la libertad individual propia de la modernidad y la posmodernidad no casa mal, en principio, con el mensaje cristiano. De hecho, no

está de más recordar que fue en las ciudades donde se estableció en principio y más fácilmente la Iglesia.

Comblin, estudioso de referencia en el campo de la pastoral urbana, relaciona el espíritu de la ciudad con la aspiración a los valores básicos de la persona, en una suerte de “realización del Reino en la ciudad” que sería, desde esta perspectiva, el lugar propio para muchos de los valores típicos del Reino de Dios, tales como la libertad frente a la tradición o el amor a los más necesitados.

Aceptar y construir un nuevo posicionamiento

Aceptar la cada vez mayor complejidad de la ciudad moderna es reconocer que cada vez son más difíciles y efímeras las centralidades. Nuestra oferta, si se me permite hablar así, compite con otras en muy diferentes terrenos o ámbitos: en el espiritual, en el social, en el comunitario, en el celebrativo, en el moral, y así sucesivamente. Desde mi punto de vista, la forma en que algunos eclesiásticos siguen dirigiéndose a la sociedad, sin caer en cuenta de la forma en que son percibidos por ella, sin comprender que han perdido la centralidad que antes tuvieron, resulta peripatética. Acertadamente señala Vitoria, basándose en Duquoc:

“Una vez que el cristianismo ha dejado de ejercer de religión política del antiguo régimen y la Iglesia ha quedado situada en la periferia del foro público como consecuencia de los cambios políticos y culturales –algo que en el caso español ha ocurrido en tiempos todavía muy recientes- se ha de proceder a cambiar el talante del discurso público sobre Dios. El acento ha de desplazarse del contundente anuncio social, fundado sobre el consenso mayoritario de la muchedumbre y el rechazo de todo desvío como antisocial, a la oferta más discreta de una palabra, ligada a una práctica comunitaria, que busca la conversión a través del diálogo y la escucha” (Vitoria, 2000: 29).

La encarnación y la vivencia antes que la estrategia y la organización

En todo caso, sería un error situar como un problema de estrategia o práctica pastoral lo que antes quizá sea un problema, si se me permite, de espiritualidad. Desde este punto de vista me parece sugerente la propuesta de quienes plantean:

“Hacer e invitar a hacer un esfuerzo místico, racionalizador y simbolizante, que ayude a sentir, formular y expresar la fe cristiana en el Dios bueno, creador, redentor y santificador, en el contexto y las categorías mentales del mundo moderno y de una de sus criaturas, la gran ciudad moderna (...). Buscar y enseñar la sacralidad que pervive incluso en las circunstancias que ha creado el mundo moderno, viviendo y enseñando una relación con el misterio que late

en su seno de confianza y respeto (...), buscando el modo como todo ello evoca a Dios, los perfiles que sobre él y su voluntad sugiere, y el tipo de liturgia personal y colectiva a la que incita" (IPS/UPF, 1990: 244).

De poco servirá, a mi juicio, que repensemos las estructuras y procesos pastorales para adaptarlos a la vida urbana si nuestra experiencia religiosa, si nuestra vivencia de fe, si nuestra comprensión de la dinámica del Reino siguen vinculadas a referentes culturales o coordenadas vitales de otra galaxia, si, por poner un ejemplo, nuestro paradigma de persona orante es únicamente el ermitaño contemplativo o nuestro modelo de persona comprometida la misionera de la selva. En forma sugerente Martínez Cortés propone, por ejemplo:

"Si el deseo al que la Megápolis incita es, fundamentalmente, deseo de lo inmanente y tangible (...), ¿no deberíamos contarrestarlo con una "oferta" de espiritualidad, *intensa pero no evasora*, que pudiera orientar el deseo humano hacia la seducción de Dios? (...). Si la "distracción" se hace necesidad y dispersa la voluntad del sujeto a la búsqueda de un descanso para sus tensiones urbanas (...), ¿no deberíamos estudiar los modos de expresar un cristianismo no sólo ético, sino también más estético, más festivo, más frutivo? (...). Si el "lenguaje de lo sensorial" es la vía ancha que abre el acceso al poblador de la Megápolis (...), ¿no deberíamos cultivar un estilo diferente en nuestro lenguaje religioso, un lenguaje menos "ideacional" y más narrativo, por ejemplo?" (Martínez Cortés, 1996: 191).

Y Vitoria recoge las palabras de Panikkar:

"Quien no oye (siente y presiente) el mundanal silencio no resistirá la tentación de apagar los gritos de la ciudad con un ruido aún mayor" (Vitoria, 2000: 41).

Nutrirse del tejido comunitario y contribuir a su vitalización

Lo relacional, lo comunitario han de ser caldo de cultivo y aportación de la propuesta cristiana pues responden a hondas necesidades de las personas. En muchas ocasiones se ha acusado, con razón, a nuestros entornos de resultar en exceso fríos, poco acogedores. Quizá sea cierto aunque también lo es que hay grupos que se quedan como atrapados en la dimensión afectiva sin que esta interactúe dialécticamente con otros *nervios* necesarios en la vida cristiana.

Por otra parte, no cabe duda que esa contribución de la labor evangelizadora a la construcción de tejido comunitario y esa construcción de tejido comunitario con efectos evangelizadores habrá de hacerse de maneras cada vez más plurales y diversas en función de las diversas características de las personas. En unos casos

será muy importante la referencia física del barrio y en otros no. En unos casos tendrá sentido vincular la acción pastoral a la intervención en el ocio y en otros casos eso sería inadecuado. En unos casos habrá que reunirse frecuentemente y en otros no. Y así sucesivamente.

Las muñecas rusas (entornos mayores y menores encajados)

Son muchos los autores que se refieren a las limitaciones de la parroquia para determinadas actividades pastorales. Resulta ser demasiado grande para algunas cosas y demasiado pequeña para otras. Desde esa reflexión se plantea el contar con una pluralidad de entornos *concéntricos* (como las muñecas rusas) de manera que se valore cuál es más adecuado para cada cosa. Floristán y Tamayo han llegado a considerar que éste es uno de los problemas fundamentales de la pastoral urbana:

“Entre la parroquia y la diócesis no existe una unidad pastoral adecuada. Tampoco están articulados con la parroquia los movimientos apostólicos, ni lo han estado nunca, por el recelo que la parroquia ha tenido a todo lo que sobrepase el dintel parroquial. Tampoco está resuelto canónicamente el problema de las comunidades eclesiales no parroquiales. En la estructuración de todos estos problemas reside el reto de una pastoral urbana, amén de lo que significa el fenómeno del urbanismo: anonimato de la población; especialización de las funciones básicas (familiar, educativa, política, económica, recreativa y religiosa), movilidad diaria, de fines de semana y de vacaciones; contraste de unos barrios ricos con otros miserables; desacralización y secularización; concentración de instituciones culturales, técnicas y de todo tipo, etc.” (Floristán y Tamayo, 1992: 348)

Las nuevas tecnologías de la información y medios de comunicación facilitan la creación de redes menos condicionadas por la proximidad física y, en todo caso, constituyen un nuevo tipo de “plaza pública” en el que estamos llamados a estar presentes, sin perder, por otra parte la acogida cara a cara y la distancia corta.

Territorialidad y opción por los pobres

Cabe preguntarse hasta qué punto ha de ser una prioridad pastoral la presencia física en todo el territorio y hasta que punto esa concepción es cada vez más disfuncional en una sociedad en la que (en palabras de Castells) la “lógica de los lugares” se ve confrontada con la “lógica de los flujos”. Nuestra Iglesia no tiene que estructurarse necesariamente (y para empezar quizá ni siquiera pueda hacerlo)

como el servicio de salud, con un ambulatorio por cada determinado número de habitantes y sin embargo esa sigue siendo muchas veces la mentalidad dominante.

Por otra parte, desde la opción preferencial por los pobres que, como sabemos, no se distribuyen proporcionalmente por toda la ciudad, habría que preguntarse si no es doblemente incoherente el perpetuar determinadas estructuras y presencias pastorales.

Arriesgarse a crear

Sentimos estar en una profunda crisis y nos sentimos, también, empujados por el Espíritu a crear, a innovar, a experimentar. Se diría que en la espiritualidad, en la solidaridad, en la eclesialidad, y en tantos campos no hay vuelta atrás, no hay restauración, no hay regreso. Enviados, como Pablo, más allá de las fronteras conocidas. Me gustaría que no nos cumpliera la crítica de Delgado cuando dice:

“Las nuevas organizaciones religiosas (...) no tienen como función oponerse a una cierta estructura social, sino precisamente a su ausencia o a sus déficits. No compiten con una visión del mundo hegemónica, sino con el hecho de que no exista ninguna visión del mundo capaz de ejercer su autoridad desde el prestigio. No se enfrentan a la legitimidad existente sino a la deslegitimidad de lo dado. No se rebelan contra las instituciones que dan sentido a la sociedad, sino contra la incapacidad de la sociedad de generar instituciones capaces de otorgarles un sentido (...), aparecen en las grietas, en las brechas del sistema, pero no para ensancharlas, para pasar y dejar pasar por ellas, sino para taponarlas” (Delgado, 1999: 137).

Conclusión

Álvarez Bolado propone vivir en medio y en las afueras de la ciudad secularizada:

“Esta virulencia debemos vivirla en medio de la sociedad secularizada, modernizada, consumista. “En medio” significa, ante todo, solidariamente; conscientes y partícipes del impresionante esfuerzo que ya realizan nuestros conciudadanos; conscientes y partícipes de lo que aún queda, codo con codo, por hacer. Pero “en medio” significa también: en solidaridad crítica, conscientes de la distintividad de la aportación cristiana. Sin mitificar el presente de la ciudad modernizada, sin resignarnos ante sus relumbrantes ídolos (...). *En las afueras* mienta en primer lugar, el desierto físico y simbólico (...). Sin esta dimensión de desierto, que sólo se puede llevar consigo después de haberlo habitado efectivamente, la fe cristiana pierde fácilmente su germinal virulencia. Resulta un cristianismo homologado en todo a los usos y modas de la ciudad, sin distintividad, sin sorpresa profética, un cristianismo domesticado (...). *En las afueras* significa también salirse del orden desordenado de nuestra sociedad, donde pululan –sin poder siquiera acampar– las diversas clases de marginados (...). Ese cuarto mundo no es simplemente la corona de suburbios de la ciudad,

sino una dimensión reprimida de ella misma (...). Salir a las afueras significa, además, romper culturalmente con las espirales de silencio" (Álvarez Bolado, 1992: 33-35).

Como ora Jesús al Padre: "No te pido que los saques del mundo" (Jn, 17, 15). Vivir en medio y en las afueras de la ciudad. O dicho con palabras mucho más antiguas:

Ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás (...), sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestra de un tenor de peculiar conducta, admirable, y, por confesión de todos, sorprendente (Carta a Diogneto).

Bibliografía consultada

- ÁLVAREZ BOLADO, A. (1992): *Mística y secularización. En medio y a las afueras de la ciudad secularizada*. Santander, Sal Terrae.
- CANO, A. (1996): "La Iglesia samaritana en la ciudad" en *Sal Terrae*, tomo 83/3, num. 988, marzo, pp. 199-205.
- CASTELLS, M. (1995): *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid, Alianza Editorial.
- CASTELLS, M. (1996): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol 1. La sociedad red*. Madrid, Alianza Editorial.
- CASTELLS, M. (1998): *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. III: Fin de milenio*. Madrid, Alianza Editorial.
- DELGADO, M. (1999): *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona, Anagrama.
- DGPEP/MF (Dirección General de Programación Económica y Presupuestaria/Ministerio de Fomento) (1998): *La desigualdad urbana en España*. Madrid.
- DÍAZ MARCOS, C. (1996): "La parroquia, una presencia de la Iglesia en la ciudad" en *Sal Terrae*, tomo 83/3, num. 988, marzo, pp. 207-218.
- FLIPO, C. (1996): "Jonás en Nínive: ¿Cómo usar bien de la ciudad?" en *Sal Terrae*, tomo 83/3, num. 988, marzo, pp. 235-241.
- FLORISTÁN, C. (1993): "Evangelización/nueva evangelización" en FLORISTÁN, C. y TAMAYO, J.J.: *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Madrid, Trotta.
- FLORISTÁN, C. y TAMAYO, J.J. (1992): *Diccionario abreviado de pastoral*. Estella, Verbo Divino.
- FLORISTÁN, C. y TAMAYO, J.J. (1993): *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Madrid, Trotta.
- GARCÍA DE ANDOIN, C. (1993): "La Iglesia como matriz del tejido social" en *Sal Terrae*, junio, pp. 453-469.
- GARCÍA DE ANDOIN, C. (1997): *El anuncio explícito de Jesucristo*. Madrid, HOAC.
- GARCÍA RUBIO, A. (1996): "Por una espiritualidad cristiana en el marco de la ciudad. Líneas básicas" en *Sal Terrae*, tomo 83/3, num. 988, marzo, pp. 219-234.
- GIDDENS, A. (1991): *Sociología*. Madrid, Alianza Editorial.
- GIDDENS, A. (2000): *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus.

- GIL CALVO, E. (2000): "Internet, Tocqueville y el genio del lugar" en *El País*, 14 de abril, pp. 13-14.
- GINER, S. y otros (1998): *Diccionario de sociología*. Madrid, Alianza Editorial.
- GONZÁLEZ-CARVAJAL, L. (1989): *Cristianos de presencia y cristianos de mediación*. Santander, Sal Terrae.
- GONZÁLEZ-CARVAJAL, L. (1993): *Evangelizar en un mundo postcristiano*. Maliaño, Sal Terrae.
- IPS/UPF (Instituto Superior de Pastoral/Universidad Pontificia de Salamanca) (1990): *La Iglesia en la sociedad española*. Estella, Verbo Divino.
- LEAL, J. y CORTÉS, L. (1995): *La dimensión de la ciudad*. Madrid, CIS.
- LEONARDO, J. (1989): *Estructura urbana y diferenciación residencial: El caso de Bilbao*. Madrid, CIS.
- LIBANIO, J.B. (1996): "A Igreja na cidade" en *Perspectiva Teológica*, num. 28, pp. 11-43 [Síntesis en Selecciones de Teología].
- LIPOVETSKY, G. (1996): *El crepúsculo del deber: la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona.
- MARTÍNEZ CORTÉS, J. (1996): "La Megápolis moderna: ¿una nueva versión de Babel?" en *Sal Terrae*, tomo 83/3, num. 988, marzo, pp. 183-198.
- RAHNER, K. (1984): *Curso fundamental sobre la fe*. Barcelona, Herder.
- SASSEN, S. (1999): "El complejo urbano de una economía mundial" en URRUTIA, V.: *Para comprender qué es la ciudad. Teorías sociales*. Estella, Verbo Divino, pp. 170-185.
- URRUTIA, V. (1999): *Para comprender qué es la ciudad. Teorías sociales*. Estella, Verbo Divino.
- VITORIA, J. (2000): "No apresurar el nombre de Dios en vano" en *Iglesia Viva*, num. 203, julio-septiembre, pp. 25-41.
- ZUBERO, I. (1994): *Las nuevas condiciones de la solidaridad*. Bilbao. Instituto Diocesano de Teología y Pastoral / Desclée de Brouwer.

Bilbao, octubre de 2000